

EL DEFENSOR DEL OBRERO

La Iglesia quiere y pide que se unan los pensamientos y las fuerzas de todas las clases para poner remedio, el mejor que sea posible a las necesidades de los obreros, sobre todo con instituciones Católicas-Sociales permanentes y Sindicatos.
LEÓN XIII, Encíclica *Rerum novarum* y Pío X encíclica, 11-VI-905, etc.

(OBRAS, NO PALABRAS)

CON CENSURA ECLESIASTICA

«Todas nuestras Encíclicas responden a procurar el bienestar del pueblo y a que éste aprenda sus derechos y deberes y a dirigirse a sí mismo.
León XIII al General de los franciscanos, Carta 25 Noviembre de 1898.

ÓRGANO :: QUINCENAL

DE LA ACADEMIA CATÓLICA DE CUESTIONES SOCIALES Y DE SUS SINDICATOS OBREROS

PARA LOS OBREROS
SE REPARTE GRATUITAMENTE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: P. MARIANO SANZ, 12
Horas: de 5 a 11 noche y de 10 mañana a 11 noche los días festivos

PARA LOS BIENHECHORES
100 ejemplares, 1'50 ptas.

Conferencia

El domingo 8 de los corrientes dará una conferencia sobre *Acción Social* en el *Círculo y Academia Católica de Cuestiones Sociales* el digno secretario de esta corporación don Enrique Richard.

ooo

MATRÍCULA

Desde el día primero al diez del corriente queda abierta la matrícula para las clases de francés y 1.ª enseñanza en el *Círculo y Academia Católica de Cuestiones Sociales*.

ooo

Paso al azote de Dios

Hubo en el mundo un Imperio caído y corrompido, que había colmado la medida de la molicia y de la corrupción. La ira de Dios, represada, ya no podía contenerse más; y como en tiempos de Noé descargó sobre la tierra un diluvio que rayera la corrupción de la carne, que había invadido por entero a la sociedad humana, también mandó a un Atila y a un Genserico que vinieran con sus hordas del Norte para asolar la Italia corrompida en supremo grado, y no dejar de aquella sociedad afeminada, ni uno solo para perpetuar aquella raza degenerada.

Y como las mismas causas producen, por una ley inflexible de la lógica, los mismos efectos, ved pues, caros lectores, como se impone hoy la necesidad de un ejemplar castigo para esta raza degenerada, como pocas de la historia. Dios airado mandó del Norte al Mediodía al azote de Dios, como así mismo se llamaba el exterminador Atila; es decir el castigo providencial que Dios envió entonces sobre aquella sociedad, que Dios quería sanar.

Hoy nos encontramos en parecido caso, si bien la sociedad contemporánea se halla más perversa que aquella, que aquella que se había afeminado en la decadencia de un Impe-

rio pagano. La presente generación, además de no ceder a aquella en molicia y refinamiento, tiene sobre el debe de su cuenta otra partida más gravosa, y es, la rebelión contra Dios, la apostasía general, salvo el pueblo sencillo, de la autoridad de Dios. Ese, ese es el pecado imperdonable de esta generación rebelde y corrompida.

No es un Atila con sus bárbaros, lo que basta ya para depurar y rejuvenecer a esta sociedad del *non serviam*, glorificadora del liberalismo, que en su esencia no es otra cosa que un plagio de aquel grito de la revelación luciferina; no basta, no, un Atila: es menester que venga una legión de Atilas; y esta legión ha llegado ya. ¿No les oís sus gritos con que van entonados en triunfo el himno guerrero de la *internacional*? Hoy el campo de batalla está minado en toda su extensión por el *socialismo*, que es la barbarie ilustrada por aquellos que le han dado el ejemplo de un más diabólico socialismo.

Las clases ilustradas y directoras han sido las primeras en sublevarse contra la autoridad de Dios, de quien toda potestad procede. Han subvertido el orden establecido por Dios, que había mandado que las potestades temporales estuvieran sujetas y sumisas a Dios y a sus vicegerentes en la tierra, en todo cuanto condujera al buen gobierno de la sociedad cristiana; y este orden de sujeción de lo temporal a lo espiritual contribuiría poderosamente a la filial sumisión de los pueblos a sus legítimas autoridades temporales.

Este era el orden: primero, lo espiritual; después, lo temporal. Pero vienen *voceros* de los *derechos del hombre*; y le enseñan a éste que nada de *deberes*, todo *derechos*; y le llenaron la cabeza de *libertades* de *perdición*. Y cuando el pueblo se percató del *socialismo de los intelectuales*, que habían socavado los cimientos del orden de Dios, se dijeron con sobrada lógica:

Con que el hombre es soberano, y esa sumisión que creíamos deber a Dios, es un mito, una intervención de la *teocracia*, pues proclamemos nuestra independencia de Dios. Con que somos soberanos; luego sacudamos el

yugo de toda soberanía de la ciencia, del mando, del capital, del nacimiento.

Si somos soberanos, sacudamos lejos de nosotros todo yugo que nos oprime. ¿Estaria bueno que esas clases que nos tiranizan, después que ellas han sacudido el yugo de la ley de Dios, quisieran prolongar su dominación sobre los hombres?

Es verdad que nos amenazan con los fusiles y bayonetas... ¡Baladronadas ridículas! Hoy nos sujetan temporalmente con ellas, es verdad. Frente a la fuerza armada tenemos que sucumbir: pero todo es cuestión de tiempo y de organización. ¿No somos el proletariado los más, y los que manejamos el mauser y las ametralladoras? ¿No somos nosotros los que fabricamos las armas y los cañones? ¿No somos los mineros, que extraemos los metales para fabricarlas, y los fundimos en altos hornos y los forjamos? ¿No somos los proletarios los que sostenemos con nuestro sudor la agricultura, las artes y la industrias? Luego en nuestras manos está la sociedad entera. ¿Quién será el loco que pretenda detener el torrente que se desborda? Y esto no se puede negar que es rigurosamente lógico.

Los hombres han sacudido el yugo de Dios; se han declarado; no ya autónomos, sino superiores a Dios. Pues si hacen en ello bien, ¿con qué derecho pretenden encauzar la sociedad humana? Si acaso con el derecho de la fuerza bruta; pero si vale el procedimiento, no se quejen de que el *socialismo* avance, y de que cualquier avalancha, sirva, como Atila, de *azote de Dios*, para exterminar esta generación de eunucos.

Do.

ooo

El trabajo principal

Consiguir el mayor número posible de suscripciones a las revistas y periódicos católicos, restando las más que se puedan a los malos y liberales.

C) Finalmente, se encontrará por desgracia, una multitud todavía considerable de católicos que quizás hasta se tengan por piadosos, y que com-

pran o están suscritos a periódicos malos (entiéndase que lo son todos los liberales) algunos por ignorancia y la mayor parte escudados con más o menos especiosos pretextos.

Con estos es con los que más se ha de trabajar; pues si se consiguiere que todos los que se honran con el título de católicos y frecuentan las iglesias, se decidieran a abandonar la mala prensa (en lo que después de todo no hablan sino cumplir con un deber) esta languidecería visible y rápidamente y aún desaparecería en su mayor parte.

Hagáseles ver cuan terminante es la doctrina de la Iglesia sobre este punto, por si pecan por ignorancia; y sobre todo, cuan fácil es para ellos el cumplir con su deber y favorecer además a la buena prensa; porque, estando ya abonados a algún periódico no tienen necesidad de hacer nuevo sacrificio pecuniario basta que cambien de dirección, purificando su casa de los miasmas que trae consigo la mala prensa y llenándola con el ambiente de virtud y virilidad cristianas que difunde por doquiera la prensa católica.

Quizás tengan por ello que sacrificar su curiosidad en saber algunas más noticias, ó en saberlas con más anticipación, si la información de la prensa católica no está a tanta altura como la de la liberal, (de lo cual precisamente son responsables esos católicos que no se deciden a favorecer a su prensa) pero de todos modos, no valen tanto estas noticias, para que en una lucha tan trascendental, como la que ahora se libra en España, entre la mala prensa que parece invadirlo todo, y la buena, que a fuerza de trabajo y heroísmo va reconquistando para Dios el terreno perdido; no valen tanto estas noticias, volvémos a decir, para que en esta lucha militemos los católicos con nuestra cooperación entre las filas de nuestros enemigos, ayudándoles con nuestro dinero y trenzando con nuestras propias manos, como ha dicho gráficamente el abate Hiss, el terrible látigo con que nuestros enemigos han de azotar nuestras espaldas.

ooo